



Alberto Juárez Vivas

El sonido de las campanas

(Cuentos para niños y niñas)

Colección: Cuentos

El sonido de las campanas

(Cuentos para niños y niñas)

Alberto Juárez Vivas

Contenido:

El gatito y la hormiguita

Yuren y Miau Miau

Kristhel

Octavio, un niño ejemplar

El sueño de Belén

El gatito y la hormiguita

Cuando mi hijo nació, la primera en descubrir el color de sus ojitos fue doña Julia, mi madre. Nunca olvidaré el sonido de su voz cuando exclamó:

– ¡Son azulitos, vengan todos a verlos!

En la clínica donde solo se encontraban mi madre, mi cuñada milagros, mi hermana Martha y yo, al mismo tiempo nos acercamos. Y doña Julia con toda seguridad afirmaba:

– Es igualito a su papá, así era él cuándo nació.

Sucede que en cierta ocasión, el gatito, como le decíamos todo a Albertito, estaba solito en su cuna de madera, jugando con una pelota de colores brillantes, sentadito, cuando de repente vio que se acercaba una hormiguita...

– Hola gatito, ¿qué haces? –le preguntó la hormiguita.

– Jugando con mi pelota –respondió el gatito.

– ¿Y por qué está solito? –volvió a preguntar la hormiguita.

– Es que mi mamá está lavando mi ropita –respondió el niño.

La hormiguita se sentó en un zapato que había en el suelo y miró con alegría al gatito. Platicaron tanto que daba la impresión que desde hace tiempo se conocían.

– ¿Y dónde vives? –preguntó de nuevo el gatito.

– En el patio de tu casa –contestó de nuevo la hormiguita.

– ¿Y tus amiguitas? –preguntó otra vez a la hormiguita.

– Están recogiendo migajas para cuando llegue el invierno.

Los nuevos amigos reían plácidamente, saltaban sobre las sedosas almohaditas y se abrazaban. Se encontraban muy pero muy felices. De pronto, la hormiguita bajó hasta el suelo a buscar migajas de pan, para regalárselas al gatito en reconocimiento de la amistad que acababa de nacer. Mientras buscaba, el gatito desde arriba la observaba y, repentinamente, como por arte de magia, pasó el gallo pinto de la casa y en un santiamén se lo comió.

El gatito al ver lo sucedido, lloró desconsolado, gritó y dio pequeños brincos en su cuna, pero nadie acudió en su socorro, hasta que el llanto por la hormiguita alertó a su mamá, quien llegó corriendo pensando que se había caído, y al descubrir que era una falsa alarma, lo tomó en sus brazos.

– A ver mi gatito, ¿qué tiene, quiere su pachita, tiene hambre? Ya, ya, ya. Aquí estoy.

El gatito sollozando miraba con tristeza al suelo.

– Vamos, ya no llores, vamos a hacerle su lechita...

Cuando su mamá se lo llevaba, el gatito, mirando siempre al suelo, dejaba escapar dos lágrimas que se desprendían tímidas de sus ojitos azules y, moviendo lentamente sus manos, parecían decirle ¡Adiós! a su amiguita, la hormiguita fantasma.

Yuren y Miau Miau

El gato de la casa es negro con manchas blancas. Llegó un día de tantos quién sabe de dónde. Al principio era muy arisco. Si uno se le acercaba pegaba un brinco y salía corriendo. Dos cosas cambiaron desde que llegó nuestro gatito: se redujo considerablemente la visita de ratones y comenzaron a caerse los trastos de la cocina por la noche.

También tiene un pequeño amigo que se llama Yuren. Es el único pequeño de la familia. Un niño que antes jugaba solito, porque no existían niños a su alrededor; él jugaba con sus carritos de plásticos y sus soldaditos verdes. Pero ahora, desde que se levanta juega con el gatito.

Un día domingo, Yuren se divertía en el patio con una cometa de papelillo que le regaló su tío Félix. Corría tratando de elevarlo, pero más bien la arrastraba. En una de esas ida y vuelta por el patio, Yuren sintió que algo detenía y soltaba la cometa. Se preguntó qué sería y comenzó a buscar.

Escondido en unos arbustos estaba Miau Miau, como le decíamos al gatito. Y cuando Yuren corría, Miau Miau se abalanzaba sobre la cometa y la arañaba. Yuren, al descubrir que se trataba de un felino, se detuvo por un rato al lado de un árbol de coco. Hizo el gesto como si correría y el gato puso una pata al frente, para luego regresarla a su sitio. La mirada de él se perdía en los ojos azules intensos de Miau Miau, entablándose un duelo de miradas.

Uno de los dos debía imponerse sobre el otro. La risa de Yuren había desaparecido, su enojo era total. No había manera de continuar su juego y Miau Miau estaba decidido a no cederle espacio. Un fuerte viento mezclado

con polvo azotó los árboles de mango y de jocotes, también el cabello de Yuren. El duelo de miraba continuaba, ninguno parpadeaba. El viento sacudía la cometa de papelillo hasta casi levantarla del suelo, en eso...

—Yuren, Yuren ven a comer -lo llamarón desde el fondo de su casa.

Pero el pequeño hizo caso omiso al llamado inoportuno. Miraba, de manera alternativa, la alambrada del patio y la casa. Calculaba hacia dónde correr más rápido con su cometa sin que Miau Miau se lo impidiera en su intento de cazar la cometa.

Y salió hacia la alambrada a toda carrera sosteniendo firme la cuerda de la cometa. Sintió que el gato lo seguía muy de cerca, no se detuvo ni miró hacia atrás. La alambrada ya estaba cerca y sería su victoria sobre su adversario. Pero, le resultó extraño que el gatito no insistiera.

Ladridos. Los ladridos lo hicieron frenar. Se trataba de la perrita de la casa que correteaba al pobre Miau Miau en todo el patio, hasta que éste se subió al tejado. Y fue así que él salió victorioso sobre el felino, pero reconoció que la perrita de nombre Negra, había sido muy importante, determinante en su triunfo.

Contento acudió al llamado antes que cayera la noche y que su mamá se enojara. Tomó su cometa y caminó a casa, pero en el trayecto, frunció las cejas provocado por un pensamiento que de pronto se avino. Algo no estaba bien. «Es cierto, le gané a Miau Miau, pero al final, no me dejé jugar en paz con mi cometa. Pero qué susto le dio la Negra. Seguro no me molestará mañana», pensó.

Kristhel

Kristhel era una niña morenita muy inteligente y muy inquieta. Sus padres le habían regalado un chocoyito y una conejita llamada Mole. Desde entonces, después de realizar sus tareas escolares, pasaba largo tiempo jugando con sus mascotas. Pero también salía con unas cosas que asombraban a sus padres, más aún a su abuelita.

Cuando estaba concentrada con sus animalitos, nada ni nadie podía alejarla de su juego. Y si lo intentaban...

– ¡Kristhel, te llama tu abuelita por teléfono, quiere hablar con vos! –la llamaba su mamá, gritándole.

Y la niña, inmediatamente respondía:

–No puedo, estoy ocupada.

En cierta ocasión, la niña respondió el celular de su mamá.

–Hola. ¿Quién habla? –preguntó la abuela, aunque ya sabía quién era.

–Soy yo, abuelita, Kristhel –respondió la niña algo enojada.

–¿Qué tal, mi muchachita? ¿Cómo estás? –preguntó alegre la abuela.

–Mire, abuela, ya no aguanto a su hija –dijo la niña de tal forma, que la abuela se rio tras el teléfono.

–Y, ¿por qué se ríe abuela? –Le preguntó Kristhel- Estoy hablando en serio.

La abuela no se aguantaba la risa, pero intentaba simular, pues ya conocía las ocurrencias de su nietecita.

–No me estoy riendo, amor. Pero, contame, ¿qué te hizo tu mamá? –mientras le preguntaba, al otro lado reinó el silencio.

–A su hija, que es mi mamá, ya no la aguanto. Vive regañándome, me trata mucho y solo vive gritando – contestó Kristhel, de tal manera que provocó carcajadas de la abuela.

–Le dije que no se riera, abuela. Tiene que hacer algo con esta su hija, para que ya no siga regañándome –dijo la niña muy seria.

–Pásame a tu mamá, ya le voy a llamar la atención para que te deje tranquila –le dijo la abuela.

Despegó su oreja del celular, lo sujetó fuerte y se encaminó hacia su madre.

–¡Mamáaaaaaaa! Te llama la abuela.

La abuela Maritza continuó en carcajadas, celebrando aquella actitud de una niña de 4 años, todo un acontecimiento.

Kristhel, después que terminó de hablar con su abuela, regresó donde su chocoyito y su coneja Mole, muy segura de que su mamá no la molestaría más.

Octavio, un niño ejemplar

Octavio es un niño de 4 años que siempre ha sorprendido a sus padres por sus ocurrencias. Tan pequeño, pero con un enorme sentido de la gracia, seguía los consejos de su mamá que siempre le decía que nunca dejara una pregunta sin responder.

Eso sucedió en cierta ocasión. Octavio tenía dudas con una pregunta: «¿Quiénes eran los héroes de Nicaragua?» Y, sin pensarlo dos veces, respondió que los héroes de Nicaragua eran Superman, Batman y Spiderman. La profesora al leer la respuesta no paraba de reír.

Ese era Octavio. Aunque también a veces no aguantaba a su hermanito Xavier Andrés, quien le hacía bromas muy fuertes. Por ejemplo: una noche estaba en su cuarto escuchando cuentos de zombis, la televisión era lo único que estaba encendido, las luces las habían apagado. Octavio estaba calladito poniendo atención, un poco asustado por la historia. Fue entonces que Xavier, su hermano menor, aprovechando que nadie lo veía, se levantó sin hacer ruido y buscó una sábana que se puso encima para luego aparecer frente a Octavio, quien del susto profirió gritos tan fuertes que de inmediato los de casa se congregaron para ver qué estaba ocurriendo.

Octavio, temblando fue corriendo a los brazos de su mamá, quien con palabras cariñosas logró calmarlo. La experiencia para el niño resultó inolvidable.

Octavio era muy solidario con su hermanito, le encantaba compartir sus juguetes con él. Un sábado por la mañana, su hermanito Xavier Andrés andaba comprando en la pulpería, cuando venía de regreso a casa se tropezó con

una piedra y se cayó, raspándose la rodilla. Lloró inconsolable del dolor, mientras sentado en la cuneta sosteniéndose la pierna, apareció Octavio y se acercó:

–¿Qué te pasó Hermanito? -le preguntó el niño sentándose a su lado.

–¡Ayyyy... me duele! -gritaba Xavier.

–Cálmate, ya no llores -le decía Octavio.

–Es que me duele... ¡Ayyyy! -y más lloraba Xavier.

El niño Octavio tenía los ojos bien abiertos mirando la rodilla de su hermano, no aguantó más y se soltó en llanto. Gritó más que Xavier y abrazaba a su hermano menor. Los gritos fueron tan fuertes que cuando se acercó su mamá, pensó que el accidentado era él y no Xavier.

Octavio se calmó cuando lo hizo su hermanito. Pero vea qué curioso, él no dejaba de sobarse la rodilla, y pensaba: «Mañana me voy a caer para que me compren una venda como la de mi hermano».

El sueño de Belén

Clan, clin, clan... El sonido de las campanas de la iglesia llegaba como susurro hasta la habitación de Elisama Belén. Ella guardaba debajo de la almohada, con mucho cuidado, su cartita al niño Dios. Suspiraba de contenta, porque dentro de unas cuantas horas recibiría los regalos que había pedido. Sus padres la persignaron y la acomodaron en su cama; sobre su cuerpo frágil dejaron caer delicadas las sábanas que tanto le gustaban, por los dibujos de Mickey Mouse que tenían impresos. Elisama Belén cerró sus ojos y muy pronto se quedó dormida. Y soñó con el arbolito nuevo que adornaba la sala de su casa, lo miró rebosante de adornos, con bolitas de colores de cristal y de plástico, luces, estrellas, lazos, espumillones, guirnaldas y rodeado de muchos regalos, con sus bujías intermitentes que desprendían también música navideña. Decidió revisar entre las cajitas, quería asegurarse que estuvieran también sus regalos. Pero la invadió la tristeza cuando no encontró los suyos, pensó que santa los había dejado en su castillo de juguetes.

–No estés triste, pequeña –se escuchó una voz que parecía venir del arbolito.

–¿Quién es? –preguntó Elisama Belén.

–Soy tu Ángel de la guarda.

– ¿El que me cuida todos los días?

–Sí, el que vela por los niños buenos como tú.

– ¿Has visto mi regalo? –preguntó Elisama al ángel de la guarda.

– Está esperando por ti.

– ¿Dónde? –volvió a preguntar la niña, impaciente.

– Están sobre tu almohada.

De pronto, Elisama Belén sintió que el arbolito la abrazaba muy emocionado con sus ramas y la llenaba de mucha ternura. Entonces, lentamente se despertó; cuando abrió bien sus ojos, se puso feliz al ver que sus regalos estaban en la cabecera. De su rostro escapó una sonrisa brillante. Abrió los regalos uno por uno ante la mirada contenta de sus padres. Encontró la muñeca que había pedido, de largo cabello negro y encrespado, ojos azules, cara blanca con una sonrisa grande, con vestido y sandalias cafés. También la cocinita con sus detalles y un juego de belleza, ambos de plástico. Y... encontró un bonito vestido rosado estampado de flores, justo a su medida, también. Pero...

– ¡Qué raro! –murmuró la niña mientras abrazaba su muñeca.

– Ese vestidito yo no lo pedí, seguro se le cayó del trineo a santa.